

# ENTRE ALOÑA Y ARATZ

POR ELI OJANGUREN

En la nebulosa que el paso del tiempo ha formado en el recuerdo de mis primeras excursiones, se ha esfumado el detalle exacto de mi primera salida a la Sierra de Aizgorri. Recuerdo, eso sí, con gran exactitud muchas de ellas e incluso las fechas aparecen anotadas entre los papeles del cajón —desordenado cajón— donde van a parar los apuntes de mis salidas.

Desde que empecé mis primeras actividades montaÑeras, raro será el año que no haya hecho alguna salida a sus cumbres. Creo que la primera fue, el mes de Septiembre del año 1941.

Aquel día, desde mi llegada a Aránzazu, todo fue extraordinario incluso el tiempo. Un tiempo Setembrino que siempre desearía tener en la montaña. Ante la Basílica que se levanta sobre la barrancada hay un movimiento inusitado de gente que se entrecruza, montaÑeros, excursionistas, devotos, etc. Enfrente se alzan tres picachos agrestes que llaman mi atención. Cada cumbre tiene su cruz, son atractivas y dan ganas de subirlas, pero sólo el pensar que hay que bajar hasta el torrente y luego subir a sus cumbres para repetir la misma pechada en sentido contrario, hace que deje de pensar en ellas.

Dejando atrás Aránzazu vamos camino de la montaña. Pasamos junto a unas txabolas y entre espeso bosque de hayas. Caminamos con paso rápido y llenos de ilusión. Un repecho continuado que serpentea por entre el bosque frena nuestra marcha. Alcanzamos el collado de Elola y no sin asombro y al mismo tiempo admiración, vemos las cumbres del Aizgorri. Están muy lejos aún y más arriba de lo que esperábamos. Las praderas de Urbia, los hayedos de Arbelar y Ollantzu, la alta y aguda crestería que se recorta sobre el azul del cielo, son los motivos que acaparan nuestra atención.

Aquel día subimos al Arbelaitz donde los donostiarras del Fortuna inauguraban un buzón. De allí pude ver por primera vez en conjunto, la hermosa campa de Urbia, la de Kalparmuño y la de Olza, la gran barrancada de la vertiente N. W. La aguda crestería que en dirección S. E. forma escalonadamente las cumbres del Aitz-txuri, Iraule, Aketegui, etc. Aquel día me sentía inquieto. Todo era nuevo para mí, el paisaje me fascinaba y quería conocer más y más. Hablé con algunos amigos y sin dudar más el asunto quedó zanjado.

Con decisión nos lanzamos cresta adelante, subimos por unas rocas, flanqueamos algunos trechos descompuestos, avanzamos al borde del terrible barranco. No había obstáculo para nuestro caminar. Ora saltábamos, ora corríamos. Pasamos por Atxuri, rebasamos el Iraule y seguidamente llegamos a un collado, sin detenernos subimos al Aketegui. Llegamos a la cumbre sudorosos, jadeantes,

sin haber colmado aún nuestra ansia de caminar, recorrer, conocer. Hacia el S. E. seguía la cresta pero al tiempo que nosotros comíamos, el reloj también siguió su marcha. No es que fuese tarde, pero sí había pasado con creces la hora que estimábamos prudente para regresar.

De pie en la cumbre cerca del mojón, miramos el trecho de cresta que aún nos quedaba para completar. Con la vista la recorrimos palmo a palmo y cuando aún de nuestro rostro, no habían desaparecido las gruesas gotas de sudor, iniciamos el regreso a Urbia.

Al caer la tarde volvimos a Aránzazu, durante el descenso me caló el convencimiento que había de volver y pronto. Llegando a Aránzazu, mis ojos volvieron a fijarse en los tres picachos al otro lado de la barrancada. A la mañana llamaron mi atención, ahora me parecían unos picachos insignificantes.

---

Esta fue la primera vez que subí a Urbia a pasar dos días. Pensábamos ir varios pero a la hora de la verdad sólo nos reunimos dos. Entre los consejos del padre y las recomendaciones de la madre, salimos de casa con las mochilas repletas. Llevamos un montón de ropa amén de una manta bien doblada y no sé cuánto de comida. Recordándolo, creo que bien administrado, fácil pasaríamos una semana en el Polo.

Con la ilusión que llevaba no se me hizo pesada la ascensión. Saliendo del Refugio, camino de Perusaloy, encontramos una txabola libre. Estaba muy abandonada, sucia y revuelta por dentro, pero tenía el tejado en buen estado. Sin más entramos dentro y dejamos las mochilas, tras liquidar un bocado salimos de excursión. Hizo un día magnífico, no obstante regresamos temprano. Después de comer, para entretenernos, limpiamos la txabola que daba gusto verlo.

—¡Aquí estaremos como reyes! —comentamos entre nosotros.

Antes de que pasara una hora, llegaron cuatro montañeros. Se acercaron a nosotros, miraron la txabola y...

—¡Caramba!, no está mal. Qué, ¿estáis muchos?

—No, sólo los dos.

—¡Ah!, entonces cogeremos una esquina para nosotros.

Mi compañero y yo nos miramos un tanto contrariados. Vinieron luego más montañeros. Total que cuando empezamos a cenar, pasábamos de la docena. Tras la cena encendimos una fogata. Al poco apareció otro grupo. Estos eran eibarreses. Saludos de rigor, preguntas, respuestas.

—¡Ya habrá un sitio para nosotros!

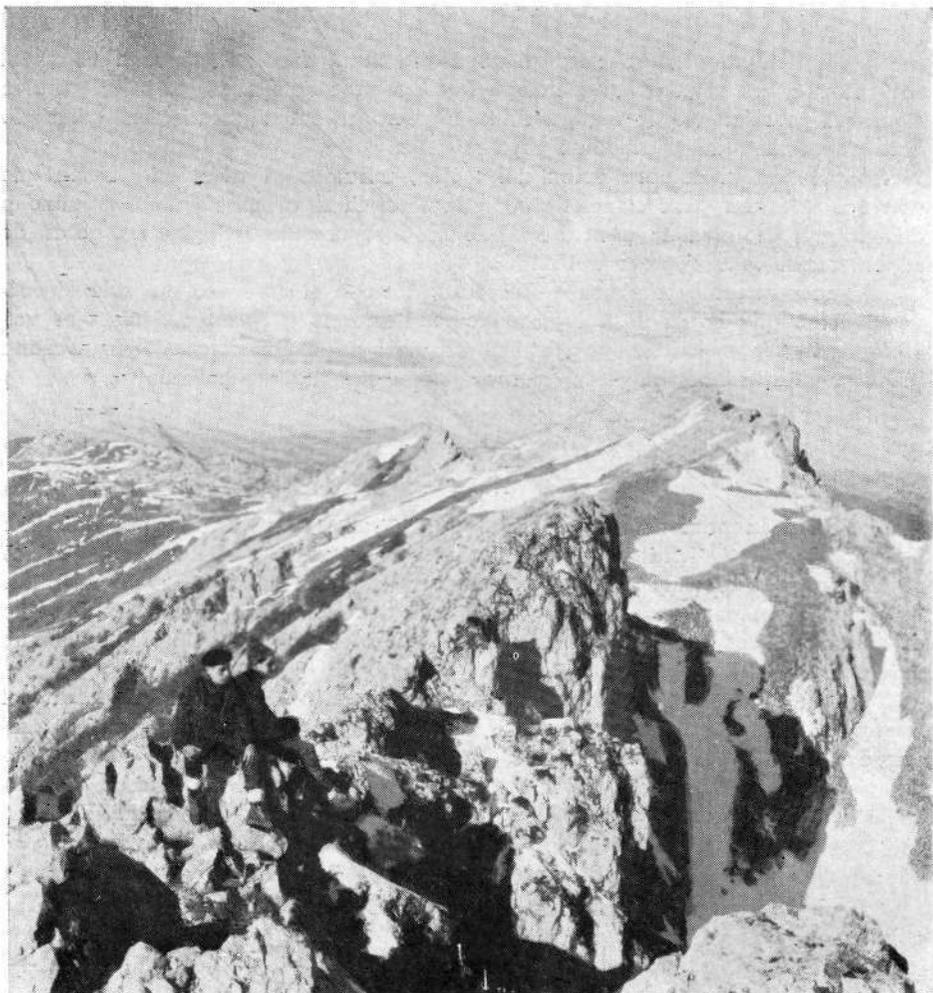
—Pues... no sé, estamos todos nosotros aquí.

—No importa, nosotros con cualquier esquina nos conformamos.

Alrededor del fuego las horas pasaron con rapidez. Cuentos, chistes, canciones, proyectos de excursiones...

Nos retiramos tarde y entre organizar aquello, algún empujón que otro y unas mochilas que estorbaban, fuimos nosotros al final, los que tuvimos que conformarnos con una esquinita para los dos.

Nos acomodamos lo mejor posible. Me quité la ropa y envolviéndome en la manta me tumbé a dormir ¡Con las ganas que tenía!



La crestería de la Sierra de Aizgorri. (Foto Eli Ojanguren)

No habría pasado media hora, cuando comencé a sentir frío. Me vestí la camisa y los pantalones pero después de una reacción momentánea, empecé a tiritar. Me vestí dos jerséis y los calcetines gruesos. Acurrucándome, casi hecho un ovillo dentro de mi manta, me arrimé todo lo que pude en mi esquinita...

...En esa posición me sorprendieron las primeras luces del alba. Me sentía cansado. Tenía los miembros agarrotados, me dolía todo el cuerpo. Quise levantarme... Ay..., lo más que pude conseguir, fue cambiar de postura y estirar las piernas. Nuevamente quedé dormido.

Cuando volví a despertar, unos tibios rayos solares penetraban en la txabola. Dentro no nos encontrábamos más de media docena, los demás habían salido. Me sentía un poco más alivado pero seguía con el cuerpo molido. Justamente conseguí salir fuera. Sentándome sobre una piedra, eché la cabeza atrás hasta apoyar

en la pared y con los ojos cerrados me dejé acariciar por los rayos del temprano sol.

El día era espléndido, poco a poco fui olvidando mis penas. Horas más tarde, allá arriba, en las cumbres del Aketegui y el Aizgorri, entre la brisa y el sol pude resarcirme del frío pasado durante la noche.

---

En esta ocasión me presenté en Urbia en compañía de mi amigo Larrea. Bajando de Perusaloy hacia Ollantzu, encontramos una pequeña txabola. Parecía hecho a medida para los dos. Después de una limpieza y cubrir el suelo de una espesa capa de hojas secas salimos fuera. En una noche estrellada, donde sobre todas ellas imperaba una luna llena, preparamos la cena. Hacía fresco, abrigándonos bien nos recostamos tranquilamente. Reinaba un silencio sepulcral interrumpido solamente por el crepitar de nuestra pequeña fogata. Qué noche más maravillosa. Daba la sensación de que fuésemos solos en el mundo. A nuestra izquierda, sobre la negra masa formada por el bosque y como si emergiera de la nada, la rocosa crestería del Aizgorri destacaba con los relieves plateados que destellaba la luna. Esta, subía más y más en el horizonte y sus rayos parecían derramar sobre la tierra, quietud, soledad, silencio y paz. Qué sosiego, qué bienestar.

De pronto el silencio queda bruscamente interrumpido y las notas altisonantes de un txistu, hacen vibrar nuestros corazones. Nos levantamos y mirando a un lado y a otro escudriñamos en la oscuridad. No veíamos nada. Era extraño. Las notas ora parecían bajar del cielo, ora de las entrañas del bosque o resonar en toda la Sierra a la vez. Era asombroso, por mucho que miramos no conseguimos ver nada. Sin embargo era evidente que el txistulari tenía que estar cerca.

Nos movimos de nuestro sitio y al fin le localizamos, hacia la parte de Lazkolatz, erguido sobre una roca. Viéndose allí, daba la sensación de tocar un himno que brotando desde el fondo del espíritu de nuestra raza lo dedicase a la naturaleza, a la vida, a la montaña, a la noche serena que imperaba sobre nuestra tierra.

Nosotros también subimos a una pequeña roca de donde dominábamos mejor al concertista que, seguía lanzando sus notas al espacio que, allí en las montañas, despertaba profundos ecos que las rocas recogían para mandarlas en otras direcciones, antes de que se perdieran en la lejanía.

Alrededor nuestro, diseminados en lugares cercanos a otras txabolas, varios puntos rojizos que iluminaban un reducido espacio, delataban la presencia de otros montañeros que al igual que nosotros habían subido a pernoctar en la montaña. Pero cosa curiosa, hasta entonces, siempre había conocido a estos grupos llenos de vitalidad y sana alegría de donde brotaban sin orden ni concierto gritos, risas y canciones. Pero hoy... hoy todo era distinto, todo era silencio, quietud. Un hechizo sobrenatural parecía haberse derramado sobre todos que, como abortos ante tanta belleza, parecían fascinados y escuchaban al txistulari que, ininterrumpidamente tocaba armoniosas composiciones vascas cuyos sonos arrebatában nuestro espíritu transportándole como a un mundo de sueños...

Una vez más llego a Urbia junto con mi amigo Ugarteburu y tres chavales más, también eibarreses, que se nos habían agregado en el camino. Como en ocasiones anteriores el buen tiempo estaba a nuestro lado. En vista de ello instalamos los campines en una hondonada para protegerlas del viento frío de la noche y cerca del refugio de Perusaloy. Por la tarde dimos un paseo por Pin-pill y por la noche pasamos un rato divertido con los chavales. Habían venido a pasarlo bien, descansar y comer a todas horas. Para los dos días, entre otras cosas trajeron dos kgs. de arroz y ¡Nueve kgs. de patatas!

Al día siguiente subimos al Aketegui. ¡Qué día este! Unas tres horas estuvimos en la cumbre. Daba pena bajar.

Al caer la tarde bajamos a Aránzazu acompañando a unas donostiarras. A las nueve comenzamos de nuevo a subir a Urbia. El cielo se había encapotado cubierto por negras nubes. La oscuridad era intensa. Caminábamos casi a ciegas, en particular cuando el sendero discurría entre arbolado. Para colmo de males, a medio camino nos vimos envueltos por densa niebla. Entre tropezones, traspies y resbalones alcanzamos el collado de Elcla. Menos mal, ahora podríamos llegar fácilmente al campin. Bueno, eso era lo que creíamos.

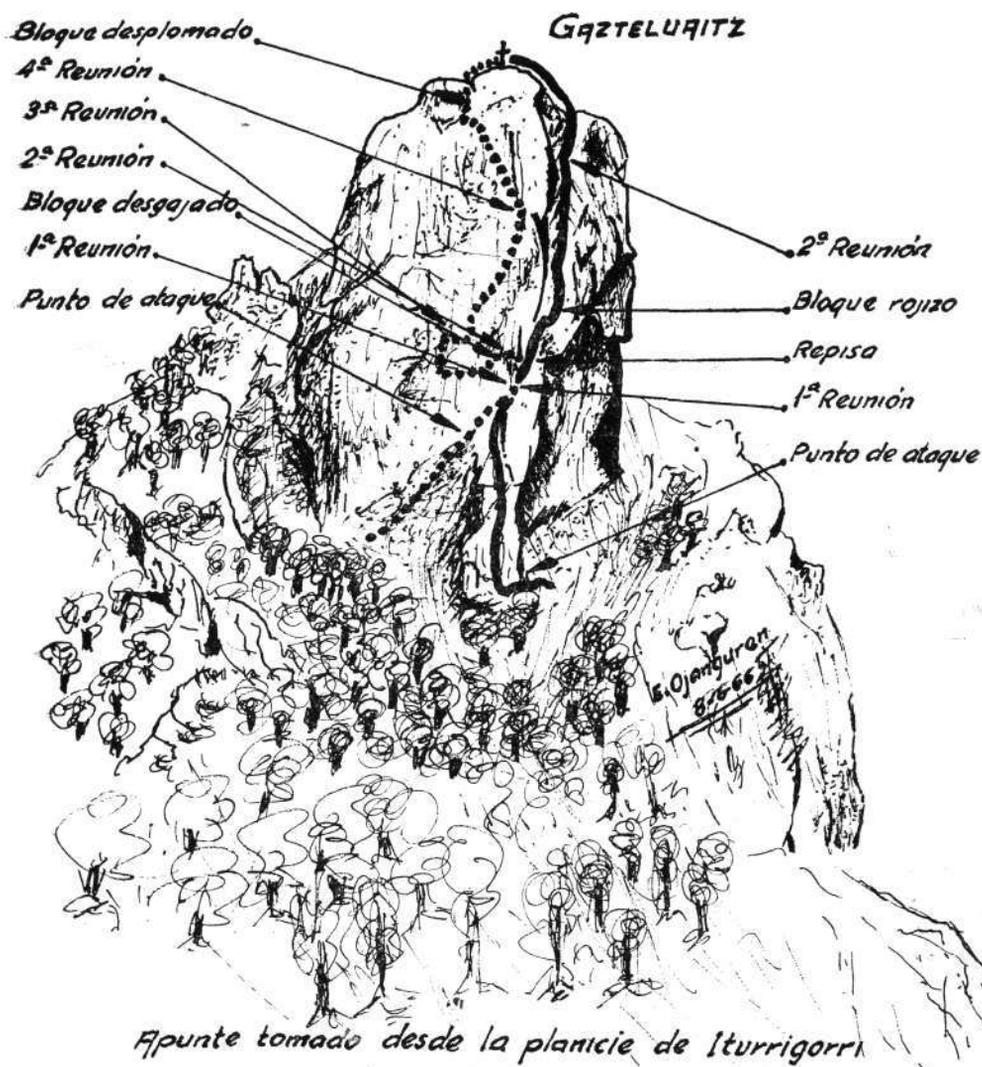
Para llegar antes, tomamos el atajo que faldea el Zabalaiz, además así evitaríamos el Refugio de Urbia. No sabemos lo que ocurrió, lo cierto es que después de mucho andar tropezamos con el mismísimo Refugio de Urbia a las once y media. Allí un pastor que había de ir en aquella dirección se prestó a acompañarnos, pero antes tuvimos que esperar pacientemente a que saliera. Finalmente a la una de la madrugada llegamos al campin. Así conseguimos establecer un verdadero récord. De Azánzazu a Perusaloy ¡Cuatro horas!

Me acosté a gusto, era lo único que deseaba. No habría pasado hora y media cuando un estruendo terrible nos hizo incorporarnos de golpe. Era una tormenta. Sentíamos llover con intensidad, parecía que caía el agua a baldes. Poco a poco nos fuimos calmando pero los truenos no nos permitían más que mal dormir.

Así las cosas cuando un leve susurro que empecé a percibir, despertó mi recelo. Medio incorporado tanteé con las manos sin localizar nada. No conforme, busco la linterna y mi sospecha se confirma. Por debajo de la tienda entraba un reguero de agua que pasando por debajo de mi mochila atravesaba de parte a parte el campin. Desperté a mi compañero y luego llamamos a los otros que además tenían el campin en la parte más baja de la ondonada. Más de tres veces tuvimos que repetir las voces para que nos oyeran. Ahora que cuando despertaron se armó ella... ¡Estaban durmiendo con más de cinco centímetros de agua dentro del campin! Cuando recobraron la calma y en vista de que a nosotros nos iba a suceder igual, decidimos ir al soportal del refugio de Perusaloy. Llegados allí nos sintieron de dentro y nos sacaron unas mantas y hamacas. Una vez acomodados, pude ver ante mis ojos la más impresionante tormenta que hasta entonces me había coincidido.

Allí en pleno centro del temporal, los rayos rasgaban la noche cruzando el espacio en mil formas extrañas. A su luz vimos la crestería de Aizgorri como a plena luz del día. Algunos cayeron cerca, con restallido seco haciendo bramar la montaña con un ruido ensordecedor que nos mantuvo en vilo.

Pasó una hora, quizá también dos y la tormenta persistía como queriendo aplastarnos con la fuerza de su estruendo...



*Apunte tomado desde la planicie de Iturrigorri*

**CARA SUR DEL GAZTELUAITZ** Línea de puntos:

Primera ascensión: 30 de Noviembre de 1957.

Material empleado: Una cuerda de cáñamo de 40 mts., seis clavijas, seis mosquetones, un estribo y dos martillos.

Altura de la escalada: 55 mts., aproximadamente.

Duración de la escalada: 3 h. 30 m.

Dificultad: IV grado.

Cordada: Alejandro Ormaechea y E. Ojanguren.

**ESPOLON Y CHIMENEA DEL GAZTELUAITZ.** Línea en trazo negro:

Primera ascensión: 29 de Abril de 1962.

Material empleado: Dos cuerdas de perlón de 40 mts., dieciséis clavijas, veintidós mosquetones, ocho estribos y dos martillos.

Altura de la escalada: 10 mts., aproximadamente.

Duración de la escalada: 4 horas.

Dificultad: IV superior.

Cordada: J. Hajar, A. Eguizábal, A. Sanz y E. Ojanguren.

...A las seis me desperté tiritando de frío, quise arroparme pero la manta estaba mojada, levantándome la extendí sobre la hamaca.

Había cesado de llover, el cielo parecía despejarse y sobre la crestería brillaban unos débiles rayos de sol. Regresamos al campin. El agua había sido absorbida por la tierra y entre todos recogimos las cosas y preparamos el desayuno.

Estábamos en eso cuando unos golpes —por su duración e insistencia— despertaron nuestra curiosidad. Nos acercamos al lugar de su procedencia y así a las siete de la mañana, presenciábamos una enconada pelea de carneros. En la explanada, al pie del pico Perusaloy, en aquel escenario natural, tres hermosos ejemplares libraban de poder a poder una patética lucha que no habría de resolverse hasta pasada media hora.

Después de desayunar hicimos los preparativos para una nueva ascensión. El cielo se despejaba cada vez más y el sol acariciaba las praderas. Cogiendo algunas cosas salimos una vez más camino de las cumbres...

En mis excursiones al Aizgorri el camino que normalmente utilizo, es el que partiendo de Sindica conduce al collado de Elola. Este en días de lluvia, se transforma en un lodazal de barro pegajoso donde el tránsito, particularmente en el descenso, se transforma en grave obsesión. El regreso por esta «pista de patinaje» —donde por paradoja, quien más patina es aquel que menos sabe de estas cosas— en la que es difícil pasar sin dar con los huesos en el suelo, se convierte en verdadera tortura, particularmente para las personas de edad. El pilón de la casa Sindica sabe algo de los barroes que los excursionistas traen en esos días.

En cierta ocasión me comentaba uno que, así se daba cuenta del porqué en Oñate hubiera tantas fábricas de chocolate. ¡Teniendo tanta materia prima...!

Pasando tantas veces este camino y teniendo siempre enfrente aquellos tres picachos, sin saber desde cuándo ni cómo, uno de ellos, el Gazteluaitz, fue atrayendo mi interés. Mi deseo por subir a él iba en aumento, mas siempre que volvía a Aránzazu, el Gazteluaitz quedaba allí abajo mientras yo dirigía mis pasos a Urbia. Una noche como tantas otras llegué a Aránzazu. Esta vez iba solo y me hospedé en Goiko-venta. Me desperté a las seis. Fuera una lluvia cerrada atravesaba una cortina de niebla gris que se adhería pegajosa a la montaña. Seguí durmiendo. Me levanté a las nueve. Aunque no con la intensidad de antes seguía lloviendo. Después de desayunar bajé al santuario.

A eso de las doce amainó la lluvia. Pasado Sindica mis ojos tropezaron con el Gazteluaitz al que me quedé mirando, pensativo. Poco a poco mi vista fue recorriendo sus laderas, luego por el cielo, las nubes. En un momento quedó decidido. ¿Subiría al Gazteluaitz?

Camino adelante fui bajando hacia el río. A punto de alcanzar la parte baja de la garganta, observé al otro lado un sendero que en la otra vertiente, subía diagonalmente al collado entre el Gazteluaitz y Arriona. Acorté camino bajando directamente al torrente y atravesándolo subí por el sendero que presentaba fuertes repechos. Alcanzado el collado y casi después de haberlo rebasado, viro a la izquierda siguiendo un camino que se abre paso en el pinar que me conduce hacia la parte rocosa final y seguidamente llego a la cumbre.

Hacia el Sur un tajc vertical corta la pared bajando a las inclinadas laderas

que llegan hasta el torrente. Sentándome sobre un bloque con los pies colgando sobre el abismo, fumo tranquilamente un cigarrillo. Una piedra que lanzo corta el aire con un susurro y cayendo sobre la inclinada ladera desaparece dando grandes botes en el espeso bosque de hayas. Unos momentos después, bajo por la parte opuesta a la que he subido y dando un pequeño rodeo me acerco a la base de la pared. Esta es vertical y tiene aspecto de reunir una buena escalada. Convencido de haber descubierto una magnífica pared, regreso a Aránzazu.

Envueltos en espesa niebla gris, caminamos en dirección a Aránzazu. Pese que la indecisión de llevar a cabo el plan embargaba nuestro ánimo, marchamos con decisión barajando nuevos proyectos que en caso de lluvia sustituyesen al que había motivado nuestra presencia por estos lugares. No hubo lugar a ello, para alegría nuestra a la altura de Gesaltza la niebla se rasga, esfumándose misteriosamente y arriba, por encima de las montañas, el cielo se muestra inmensamente azul. Detrás, los valles quedan sumidos en un algodonoso mar de nubes.

Unos tres cuartos de hora más tarde, acariciados por los cálidos rayos solares arribamos a Aránzazu. Poco más tarde reemprendemos camino, bajando a la barrancada donde por un puente de cemento atravesamos el río. Estamos situados al pie del Gazteluaitz, no obstante seguimos por el camino que por el fondo del valle va hacia unos campos de fútbol. Poco antes de llegar al primero de ellos salimos a la derecha, siguiendo un sendero que se remonta por el hayedo. Camino de la cumbre, abandonamos el sendero metiéndonos por el arbolado. Después de esquivar unas rocas, llegamos al pie de la pared.

Iniciamos la escalada en el centro de la cara Sur. Trepamos en diagonal a la derecha por unas repisas y rampas herbosas que en algo menos de un largo de cuerda nos conduce al espolón. Aquí encontramos sitio propicio para hacer la reunión. Proseguimos a la derecha y unos cuatro m. más arriba me sitúo en una pequeña repisa que sobresale en un cerrado canto a la derecha del espolón. De aquí en diagonal, también a la derecha, parte una grieta ancha que termina en la lisa pared que se interpone a nuestro avance a la chimenea superior. Cortado ese camino por no disponer de material adecuado, subo en libre unos dos m. alcanzando una nueva repisa donde volvemos a reunirnos.

Nuestro deseo era terminar la escalada por la chimenea pero por esta vez tenemos que desistir. Etxekopar que está bien situado en la base de la pared nos señala algunos detalles y siguiendo sus indicaciones volvemos a la cara S. en una travesía horizontal a la izquierda. Salvamos a la vabaresa y a pulso un bloque ancho desgajado, siguiendo la travesía en un total de unos diez o doce m. que nos sitúa en medio de la pared. En libre subo unos cuatro m. alcanzando una estrecha y colgante cornisa donde volvemos a reunirnos. Da la sensación de que estamos prendidos sobre el abismo que desciende al torrente. A la derecha continúa una inapreciable cornisa que la seguimos en unos tres m. en un alarde de equilibrio para dominar el vacío que constantemente parece atraer al precipicio. Firmemente asegurado por Ormaechea intento superar infructuosamente una placa, en vista de ello clavo un pitón y con la ayuda de un estribo domino la placa, siguiendo en libre con tendencia a la derecha en una escalada fina que nos lleva al tercio superior. Aprovechando una nueva repisa monto una nueva reunión de

## PYRENAICA

donde veo subir a Ormaechea con su peculiar y seguro estilo. Ahora continuamos por unas placas a la izquierda aprovechando unos minúsculos agarres y puntos de apoyo en una escalada emocionante y aérea a más no poder. Dominada media placa la progresión se hace casi imposible. En una fisura pongo una clavija y con el estribo supero casi lo que resta de la placa la cual termino por dominar en libre. Por encima de la placa me encuentro con el desplome. Avanzo un poco a la izquierda acercándome a un bloque. De puntillas, tanteo por encima de él, localizando unas buenas presas. Afianzándome fuertemente en ellas subo a pulso con los pies colgando sobre el vacío, encontrándome ya casi en la misma cumbre.

En conjunto ha sido una magnífica escalada con pasos en libre muy finos, el paso de la vabaresa, verticales y lisas placas completadas con la travesía de la cornisa, verdadero alarde de equilibrio y finalmente la superación del desplome a pulso realizadas en una pared de unos cincuenta o sesenta m. de altitud.

El Zabalaitz, la barrancada del río Aranzazu y el Gazteluaitz. (Foto Eli Ojanguren)



Llega a mi lado Ormaechea, sonriente y feliz, los dos estamos contentos y comenzamos a desatarnos de la cuerda que en esta montaña nos ha unido el uno al otro durante las tres horas y media que nos ha costado escalarla.

Al poco se nos une Etxecopar que ha subido dando un rodeo y los tres juntos nos sentamos al lado de la cruz. Estamos rodeados de montañas, «metidos» entre las laderas que de las Sierras de Aloña y Aizgorri por una parte y las de Urkilla y Elquea por otra bajan a converger al valle regado por el riachuelo Aránzazu. Hacia el N. N. W., el horizonte está abierto y de izquierda a derecha podemos ver el Zaraya, Andarito, Kurutzaberri, Peñas de Etxaguren, Izpizte, Anbotu... dorados por el otoñal sol que lentamente va declinando en el horizonte. Más arriba, surcan las nubes con tonalidades purpúreas resaltando sobre el azul del cielo. En el frescor de la tarde sentados sobre las rocas, los tres bien juntos, respiramos felicidad...

Nuevamente estamos al pie de la pared del Gazteluaitz. Justamente debajo del espolón dejamos las mochilas y junto a ellas nos acomodamos lo mejor posible Eguizábal Agustín y yo. Seguidamente en el hornillo de butano preparamos algo de comida.

Hemos pasado la noche en Urbia a donde llegué ayer. Allí nos esperaban de días atrás mis compañeros, junto a otros montañeros eibarreses y algunos osintuarras. Todos juntos pasamos una agradable velada después de cenar. Demasiado agradable, hoy a la mañana hemos pagado las consecuencias, saliendo de allí con dos horas de retraso.

Nos aprestamos para la escalada del espolón. Nuestro objeto es subir directo hasta la repisa y vencer la lisa pared para terminar por la chimenea.

Atacamos el espolón desde su base (sube primero Eguizábal, superando unos ocho m., para salvar seguido, asegurado con una clavija, un paso expuesto de roca algo descompuesta y después unos cuatro m. más hasta alcanzar la primera reunión. Seguimos por la derecha a la pequeña repisa de donde parte la grieta diagonal. Como no cabemos dos, ataco la grieta y después de colocar dos estribos, viene Agustín hasta aquí, quedando Eguizabal en la reunión de abajo.

En artificial, con dos clavijas y dos cuñas metálicas, llego al final de la grieta. La pared lisa, cae vertical sin fisuras y agarres hacia el abismo que bajo mis pies se abre. Después de mucho tantear encuentro un pequeño agujero que me permite inciar un pitón. Con un estribo gano más altura, alcanzando un pequeño arbusto. A la derecha, más arriba, está el bloque rojizo que hay que superar para alcanzar la chimenea. El aspecto es feo. En vista de que hoy no nos va a dar tiempo para terminar, decidimos regresar dejando la vía clavada.

A la semana regresamos de nuevo. Hoy viene también Javier con nosotros, así formamos dos cordadas de a dos que llagado el caso se transformará en una de a cuatro.

Después de haber llegado a la última de las clavijas colocadas en el anterior intento, me encuentro de nuevo en la lisa pared. Como no encuentro ninguna fisura, alcanzo el arbusto arrancándolo de cuajo y en el lugar que ocupaban sus raíces clavo una cuña metálica. Ayudado por otro estribo puedo llegar a una

grieta a la derecha donde clavo otra cuña situándome así en la parte inferior del bloque rojizo.

Por el lado izquierdo del bloque la escalada se presenta fea por lo que decido pasar a su lado derecho. Con una clavija de seguro, intento el paso en libre que resulta muy aérea. En posición muy forzada consigo clavar medio pitón donde coloco un estribo. Subiéndome a él comienzo a superar el borde derecho del bloque, de tendencia desplomada. Con tres clavijas, a base de estribos y en posiciones incómodas alcanzo la parte superior. Aprovechando una fisura clavo una buena clavija con cuya ayuda salgo en libre, colocándome sobre el bloque de donde parte la chimenea terminal.

Siento gran alegría al comprobar que el trecho visible es asequible. Tenía ganas de escalar en libre. Después de dar la noticia a mis compañeros, empiezo a trepar por la parte exterior derecha de la chimenea. La escalada se presenta aérea, mas pronto me llevo una desilusión al comprobar que todos los agarres y puntos de apoyo están en posición negativa y la roca algo descompuesta. Suave, con cuidado y sin ningún movimiento brusco voy superando metro a metro, acercándome hacia la parte final. Unos quince m. más arriba la escalada se facilita y pronto alcanzo un rellano con un arbolito donde aseguro la cuerda y preparo la reunión. Lanzo al principio unas piedras, que estorban, que bajan veloces a la barrancada donde ruedan dando grandes botes en dirección al río que corre bajo mis pies unos doscientos m. más abajo.

Me encuentro ya cerca de la cumbre. Unos diez m. de escalada libre me separan de él. Cuando Agustín llega, reanudo la escalada sin esperar a que llegue Eguizabal. La trepada es bonita de un III grado de dificultad con buenos agarres y roca sólida, donde se sube con facilidad.

He dominado la pared y estoy a un lado de la cumbre. Encuentro una roca para sentarme y mientras espero que Agustín suba, enciendo un cigarrillo. A mi izquierda las laderas que, de la cumbre de Aloña van hasta el collado de Elola y Zabalaitz, ocultan a mi vista los bellos rincones donde tantas veces hemos pasado, doblegados por el peso de las mochilas o ligeros en busca de las cumbres. En mi mente se agolpan los recuerdos... Desde el Aloña al Aratz, entre las montañas, he vivido intensamente días admirables y noches de asombro, he gozado despreocupadamente días de camaradería y noches de alegría, he sufrido días de cansancio, sudor y hambre hallando noches de descanso y de paz. Entre Aloña y Aratz, mi vida guarda el recuerdo imborrable de jornadas inolvidables vividas sana e intensamente, que perdurarán siempre en mi ser.